

BLAS DE OTERO

El viernes 29 de junio moría en Madrid una de las figuras claves de la poesía española de la posguerra. Nacido en Bilbao en 1916, Blas de Otero despuntó como poeta en 1942 con Cántico espiritual, pero su obra más conocida comienza con Angel fieramente humano (1950), a la que seguirían Redoble de conciencia (1951), que marca su evolución hacia un tipo de poesía más comprometida socialmente como Pido la paz y la palabra (1955), Ancía (1958), que recibiría los premios de la Crítica, en 1959, y Fastenrath, en 1961, En castellano (1960), Que trata de España (1964), Esto no es un libro, Expresión y reunión, Historias fingidas y verdaderas, Pais... Como homenaje póstumo al poeta, publicamos un texto de Caballero Bonald, y dos sonetos, forma métrica en la que Blas de Otero fue verdadero maestro. Ambos pertenecen a Redoble de conciencia.

Un clásico de hoy mismo

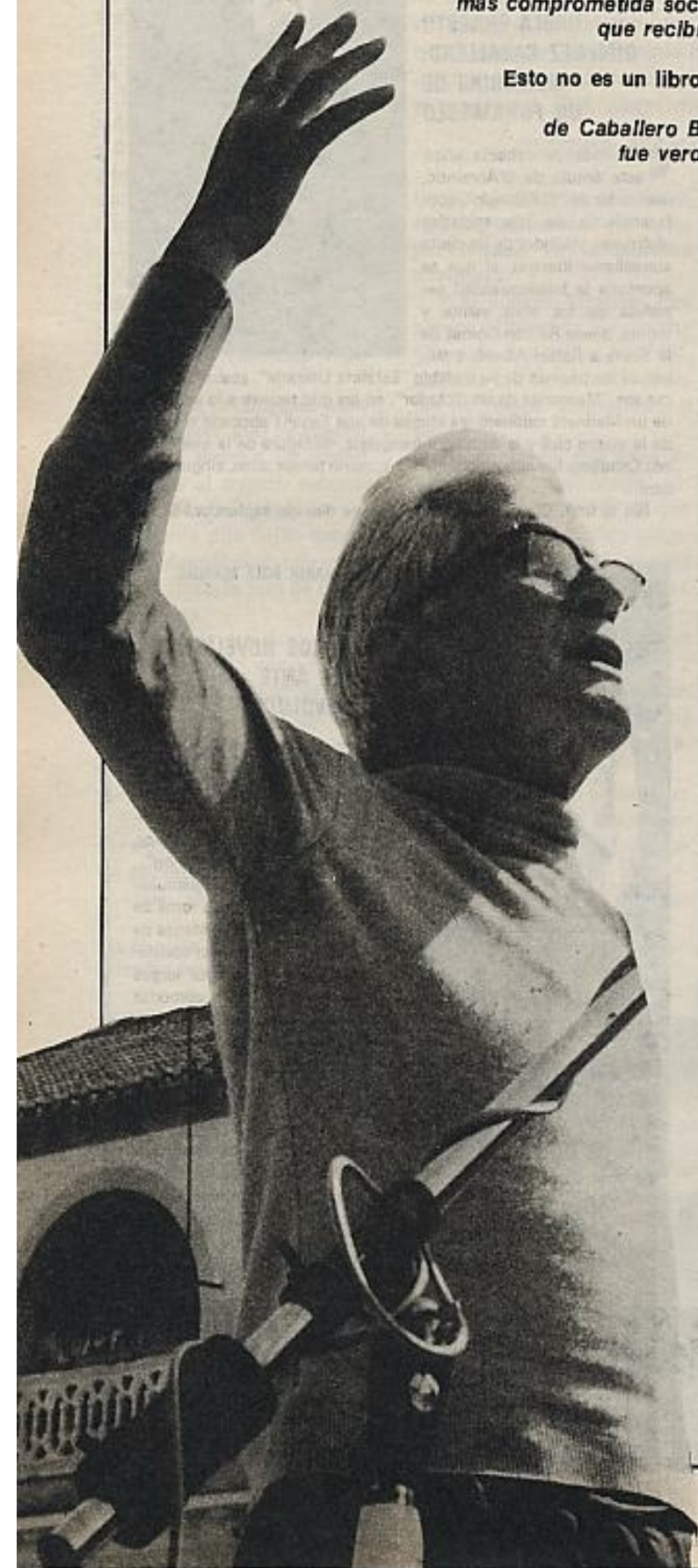
J. M. CABALLERO BONALD

BLAS de Otero ha muerto cuando parecía atravesar por una de las más sossegadas y gratificantes etapas de su vida. Quizá se trate de un dato lo suficientemente cruel como para ado arlo ahora a esa otra suma crueldad de su muerte. En cierto modo, era como si Blas de Otero se hubiese remunerado en su retiro de Majadahonda de una larga serie de voluntarios exilios, silencios angustiosos, recurrentes peregrinajes, luchas clandestinas. Para un hombre como él, que mantuvo siempre con la muerte una estrecha y turbadora relación, esa serenidad vital ha sido paradójicamente el preludio de sus últimos días. Es posible que alguien pensara, en el fondo, que Blas de Otero iba a morir así, casi sin que nadie lo supiera de cierto, ratificando de repente alguno de los muchos e impresionantes avisos proféticos de su poesía.

Todos sabemos muy bien hasta qué punto la obra de Blas de Otero ha supuesto fundamentalmente una íntegra transferencia de su propia vida. Su manera de ser era su modo de escribir. "Esto no es un libro", sino el azogue de un espejo. Toda su poesía fue como una metódi-

ca conversión de una experiencia en una convivencia. La mística singular de su palabra equivalla a la esencial mística de sus actos. Vivía porque podía hablar a solas y porque pedía a gritos que lo dejaran hablar con los demás, aunque fuera callándose. En eso consistía su religión y su militancia. Yo no conozco en toda la poesía española de la posguerra civil a un poeta de tan agónica religiosidad y de tan enteriza humanidad, es decir, tan virtual y desgarradamente capacitado para ser un artista. Su misma aparente indefensión ante la vida se cambiaba de pronto, a través de la hegemonía de su palabra necesaria, en una tenaz y heroica defensa de la vida. Dio testimonio del hombre asediado porque él mismo era un hombre asediado y porque hizo de esa evidencia una fraternidad. Incluso las zonas de su poesía más parentoriamente estimuladas por la urgencia acusatoria, contienen tanta verdad que constituyen de hecho una perseverancia ética. La dignidad humana de toda su obra va mucho más allá que su complementaria dignidad artística.

Blas de Otero ha sido uno de los grandes reformadores de nuestra mejor tradición





poética, es decir, uno de sus más fieles intérpretes. Si la única forma de entender una tradición consiste en depurarla y actualizarla, la obra de Blas de Otero se corresponde sin duda con la de un moderno poeta tradicional, con la de un clásico de hoy mismo. No importa que ciertas lecciones surrealistas o vallejianas se engranasen con las de los místicos y los ascéticos, con las de los romanceros y los cancioneros, pues esa opulenta fusión produjo finalmente la raíz personalísima del "árbol de las palabras" de Blas de Otero.

Es muy posible que una de las más notables singularidades de la poesía de Blas de Otero dependa de la reelaboración de un lenguaje de cuño popular por medio de una mecánica rigurosamente culta. En no pocas ocasiones, se injertan en su obra frases hechas, formas coloquiales, fragmentos de canciones, cuñas paremiológicas. Pero su incorporación a los dispositivos creadores del poema adquiere siempre un rango imprevisto, actúa como un resorte dialéctico que intensifica y enaltece las modulaciones expresivas. Nadie como él consiguió pulir esa síntesis de ornamentos que se fraguan con los albores de

la poesía escrita en castellano y penetran en una obra que también quiso llamarse "En castellano". Esa extraordinaria capacidad de recreación de lo culto y de soldadura de lo popular, han posibilitado que Blas de Otero haya sido, juntamente y sin fisuras, un poeta de minorías y un poeta de masas. Ese lema tan suyo de "a la inmensa minoría" tiene algo de vanguardia programática y de generosa evidencia comunicativa.

Blas de Otero era tan vasco que no lo parecía y era a la vez tan ibérico que no podía parecerlo más. Su proverbial aislamiento lo hacía acercar-

se a las cosas que amaba con una pasión convivenciadora y reverencial. Parecía distante porque estaba muy junto y porque tenía una sensibilidad entre ensimismada y manifestada. Su manera de ser hombre tendía a una soledad compartida con los otros. Hablaba poco porque escribía lo que tenía que decir. Su silencio se fue haciendo más hondo a medida que su palabra se iba haciendo más pura. En su rostro habla vetas de santo de palo, de desterrado que quiere volver y no acaba de hacerlo, de monje en rebeldía, de convaleciente de vivir. Ahora que se ha ido, no dejará ya nunca de estar

con nosotros, quizá porque "todo lo había vivido de una manera póstuma". Su muerte no es ya una frontera: "Escribo, luego existo". En su entierro había poco más de doscientas personas: un grupo de amigos, de compañeros, de estudiantes. Nadie más. Era lo previsible y lo correspondiente. Junto a su tumba, la de Pablo Iglesias, la de Giner de los Ríos, la de Pío Baroja, es decir, la más fértil memoria de la cultura y de la libertad de España. Blas de Otero, a quien tan sañuda y tenazmente le negaron la paz y la palabra, ya las ha logrado ganar para siempre. ■

ES A LA INMENSA mayoría, fronda de turbias frentes y sufrientes pechos, a los que luchan contra Dios, deshechos de un solo golpe en su tiniebla honda.

A ti, y a ti, y a ti, tapia redonda de un sol con sed, famélicos barbechos, a todos, oh sí, a todos van, derechos, estos poemas hechos carne y ronda.

Oídlas cual al mar. Muerden la mano de quien la pasa por su hirviente lomo. Restalla al margen su bramar cercano

y se derrumban como un mar de plomo. ¡Ay, ese ángel fieramente humano corre a salvarlos, y no sabe cómo!

PORQUE vivir se ha puesto al rojo vivo. (Siempre la sangre, oh Dios, fue colorada.) Digo vivir, vivir como si nada hubiese de quedar de lo que escribo.

Porque escribir es viento fugitivo, y publicar, columna arrinconada. Digo vivir, vivir a pulso, airadamente morir, citar desde el estribo.

Vuelvo a la vida con mi muerte al hombro, abominando cuanto he escrito: escombros del hombre aquel que fui cuando callaba.

Ahora vuelvo a mi ser, torno a mi obra más inmortal: aquella fiesta brava del vivir y el morir. Lo demás sobra.